

Discurso periodístico y gestión social de los conocimientos: algunas observaciones sobre la didacticidad*

Vicent Salvador

Universitat Jaume I. Castelló

Resumen

El periodismo se caracteriza como una interfaz discursiva que incardina texto y contexto, y ello ha provocado que numerosos analistas del discurso se hayan interesado por su estudio. Este tipo de estudios han tenido poco que ver con la clásica aproximación, tendencialmente normativa, de la redacción periodística, y se han hecho cada vez más frecuentes en estos últimos años. El autor analiza desde estas perspectivas el discurso periodístico en tanto que discurso divulgativo.

Palabras clave: discurso, periodismo, didacticismo, conocimiento, lenguaje, textualización y contextualización, estilo, terminología.

Abstract. *Journalistic Discourse and Social Management of Knowledge: some Observations on Didacticism*

Journalism is characterised as an interface for discourse that includes text and context, and for that reason, numerous analysts of discourse have shown an interest in its study. This type of study has had little to do with the classical approach, which tends to be the standard, of journalistic writing, and has become more common in recent years. From within these perspectives, the author analyses journalistic discourse as the discourse of *divulgence*.

Key words: discourse, journalism, didacticism, knowledge, language, textualisation and contextualisation, style, terminology.

Sumario

Periodismo y análisis del discurso	Conocimiento y lenguaje
La dimensión sociológica de los discursos de divulgación	Didacticidad y discurso periodístico
	Bibliografía

* Este estudio se ha realizado en el marco del proyecto PICS 854 del CNRS, «L'inscription des biais sociocognitifs dans la langue», y así mismo en el marco del I Projecte de la Fundació Bancaixa de Castelló P1-1B2001-15.

Periodismo y análisis del discurso

Hay una variada gama de textos y géneros, de prácticas comunicativas históricamente situadas, de medios e instituciones sociales, de tics estilísticos, de rutinas y ritos que representan lo que conceptualizamos intuitivamente como discurso periodístico, algo que a menudo se suele confrontar con otros territorios discursivos como son el de la ciencia, la conversación o la literatura. El periodismo ha sido sin duda un objeto de estudio sumamente atractivo para las diversas perspectivas disciplinares —históricas, sociológicas o lingüísticas, principalmente— que abordaban este fenómeno poliédrico dotado de marcado protagonismo social.

Desde el punto de vista del análisis del discurso, el periodismo resulta un objeto particularmente tentador, ya que concita, en íntimo maridaje, el interés de su rica organización textual y el de las situaciones sociocomunicativas que lo caracterizan. Se trata, visiblemente, de una interfaz discursiva que articula el texto con el contexto: una duplicidad dialéctica más evidente que la producida en el caso del discurso científico, tantas veces idealizado como expresión sistemática de conocimiento del mundo, o en el caso de la literatura, que suele exhibir en el proscenio la contundencia textual de las obras, alimentando así la ilusión de que se trata de esculturas exentas, autonomizadas del tráfico de prácticas sociales que en el fondo las constituye. Más evidente asimismo, como tal interfaz, que la que podemos detectar en el extremo opuesto, en la conversación, donde el contexto comunicativo y los mecanismos de la interacción desvían fácilmente la atención que debe prestarse al texto oral resultante, que, a pesar de su intangibilidad, está sujeto a refinadas reglas de textualización.

No es extraño, en consecuencia, que distintos analistas del discurso —desde Teun A. van Dijk (1988) o Roger Fowler (1991) hasta Jean-Michel Adam y sus colaboradores (1997) o Dominique Maingueneau (2000), por citar unos nombres significativos— se hayan sentido atraídos por el tema desde planteamientos que poco tienen que ver con la clásica aproximación, tendencialmente normativa, a la redacción periodística. La indiscutible componente retórica de los géneros aparentemente más asépticos, como en el caso de la noticia, junto con el establecimiento de una tipología de los discursos sociales útil y epistemológicamente ambiciosa, son los ejes fundamentales de tales investigaciones. Podríamos así hablar, con Albert Chillón (1999), de un auténtico «giro lingüístico» que ha venido a renovar las bases teóricas y metodológicas de los estudios periodísticos tradicionales y que permite, entre otras cosas, una amplia consideración analítico-discursiva de la literatura y el periodismo como ámbitos íntimamente relacionados, entre los cuales no dejan de establecerse ciertas relaciones promiscuas, particularmente en géneros como el reportaje o el artículo de opinión, que se interpenetran a veces, respectivamente, con la novela o el ensayo. De hecho, como ha estudiado recientemente Gonzalo Saavedra (2000), el reportaje periodístico se ha sabido beneficiar de muchas técnicas narrativas de la novela moderna. En otro orden de cosas, la función de la metaforización en los titulares de prensa (Teruel, 1997) permite

establecer otro foco de atención donde literatura y periodismo compartan el fecundo juego de la retórica.

El discurso periodístico, de este modo, suscita toda clase de cuestiones relativas a su delimitación tipológica como modalidad discursiva, a la pluralidad de géneros que alberga, a su heterogeneidad pragmaestilística o a los mecanismos sociorretóricos e institucionales que lo constituyen como instrumento de mediación social. En este vasto marco de referencia, a caballo siempre de la configuración textual y la contextualidad comunicativa, nos limitaremos ahora a unas reflexiones sobre la difusión de los conocimientos especializados y la idea de didacticidad periodística.

La dimensión sociológica de los discursos de divulgación

El conjunto de los fenómenos de divulgación —o lo que llamaremos, con mayor amplitud, «gestión social de los conocimientos»— constituye, en la sociedad contemporánea, una de las dinámicas semióticas más activas y características de nuestro mundo, a la vez que un objeto de análisis particularmente complejo. En efecto, por un lado, podemos detectar una aceleración histórica de la circulación de saberes que hace aparecer a nuestra sociedad del siglo XXI como drásticamente distanciada de épocas en que los conocimientos eran patrimonio exclusivo, celosamente guardado, de clanes sacerdotales, sectas o elites de estamento o de clase. La movilidad social predicada por el capitalismo, así como el pensamiento políticamente correcto sobre la necesaria democratización del conocimiento, encuentran su exponente más manifiesto en la difusión de las investigaciones científico-tecnológicas en ámbitos como el de la informática, en los cuales un buen número de ciudadanos jóvenes de países desarrollados acceden —en tiempo real o poco menos, según su propia percepción— a los beneficios de las aplicaciones tecnológicas que se derivan de los descubrimientos más recientes (Montesinos, 2002). Es el premio a los esfuerzos realizados para alcanzar esta nueva *literacy* de los tiempos actuales. De la misma manera, el ciudadano medio demanda a la prensa cada vez más información asequible sobre ciertas revoluciones tecnológicas de la contemporaneidad que afectan de manera inmediata a su vida cotidiana en distintas áreas, entre las cuales seguramente las más importantes son aquellas que inciden sobre la salud, bien sea en forma de adelantos de la ingeniería genética, de peligros ecológicos o de enfermedades de nuevo cuño. El espacio creciente que los medios de comunicación dedican a tales temas es una evidencia constatable de los cambios producidos en la percepción social, y el desarrollo de un discurso divulgativo en diversos niveles es su consecuencia más palmaria.

Ahora bien, por otra parte, la hiperespecialización de los conocimientos científicos y la elaboración refinada que las terminologías específicas comportan levantan una barrera de dificultades considerables frente al afán de conocimiento —que podríamos llamar «humanístico»— del lector culto y, mucho más, frente a las demandas de información de un público de nivel cultural más bajo. Y ello hasta el punto de que, en ocasiones, se puede dudar si se está ante

una mera ilusión de accesibilidad, tocada de trivialización, que puede funcionar más como coartada ideológica con ribetes de demagogia que como transmisión efectiva del conocimiento. Podríamos pensar que a menudo la retórica propia de los medios de comunicación de masas utiliza descaradamente los servicios del experto —que se siente complacido con la visibilidad de su tarea o, simplemente, de su imagen personal— a fin de persuadir al público de que la información transmitida posee el rigor que corresponde al prestigio del entrevistado. Y no pocas veces encontramos que, al lado de tal opinión experta, se juxtapone sin más la de algún representante del «hombre de la calle» que viene a añadir su testimonio, no menos eficiente retóricamente, en un nivel equiparado de hecho al del científico.

Sea como sea, en el seno de esta dialéctica, una serie de prácticas discursivas de nuestra sociedad tienen como objeto la difusión de los conocimientos (de tipo científico-técnico, jurídico-administrativo, económico, empresarial, médico, farmacológico, etc.) y constituyen lo que, en los casos prototípicos, se denomina «discurso divulgativo». Pero vamos a examinar más de cerca el concepto.

Maingueneau insistía recientemente en que hablar de un discurso de divulgación remite a una tipología propiamente discursiva, que no corresponde ni a las clasificaciones enunciativas, de orientación meramente textualista, ni a las situacionales o comunicativas, de carácter más externo, sino que debe combinar los factores lingüísticos con los derivados de las funciones sociales realizadas por cada tipo de discurso: «Ce qu'on appelle "discours de vulgarisation", par exemple, correspond à une fonction sociale, mais est également indissociable de certains fonctionnements linguistiques.» (Maingueneau, 2000: 49.)

Así pues, los discursos divulgativos harán uso de unos dispositivos lingüísticos, de carácter bien estilístico o bien macrotextual, en orden al cumplimiento de una función social de difusión de los conocimientos. Dicha función los sitúa en el espacio comprendido entre dos límites: el superior, consistente en la investigación o avance epistemológico en el ámbito de una especialidad, y el inferior, que coincidiría con la mera transmisión de información noticiosa de carácter mediático. Sin olvidar, además, otra de las lindes de las prácticas divulgativas —que podríamos considerar asimismo un límite «inferior», si seguimos el juego metafórico iniciado— que corresponde a la publicidad, con unas prácticas discursivas donde a menudo resulta indiscernible el propósito de persuasión comercial o sociopolítica y el de difusión de conocimientos de carácter técnico.

En el amplio abanico sociocomunicativo que se despliega en el espacio aludido, tienen cabida tanto la didáctica institucionalizada en el aparato educativo como muchas otras prácticas discursivas destinadas a la difusión del saber o del saber-hacer en esferas concretas de la actividad social menos reglada y, finalmente, ciertos géneros de comunicación mediática que se relacionan, en un grado u otro, con la difusión de los conocimientos especializados entre un público más o menos amplio y más o menos alejado de los correspondientes círculos profesionales. Si en el primer caso, el de la didáctica, tendremos el conjunto de la producción verbal de la enseñanza institucionalizada (oral y escrita, desde

las clases presenciales en los diferentes niveles hasta los manuales y ejercicios de autoaprendizaje programado), el segundo, de carácter más flexible y variado, podemos ejemplificarlo por medio de prospectos instruccionales (como los que acompañan a los productos farmacéuticos o explican el uso de un electrodoméstico o un programa informático) o determinadas campañas institucionales (de prevención del sida, de información sobre el euro, etc.), mientras que el tercero corresponde a los distintos modos de divulgación mediática de la ciencia u otros ámbitos epistemológicos poco accesibles socialmente. Ni que decir tiene que estos tres capítulos de la divulgación esbozados en las líneas anteriores presentan solapamientos y difusas zonas fronterizas: así, por ejemplo, el sistema educativo oficialista o tradicional cede hoy terreno a la enseñanza virtual y a métodos de autoaprendizaje más dúctiles, al mismo tiempo que, sin duda, el mundo mediático es difícilmente prescindible en cualquier campaña divulgadora de carácter institucional o empresarial.

En un texto sobre la televisión, Pierre Bourdieu (1997) ha insistido en la influencia del *campo periodístico* —y muy especialmente lo que podríamos llamar el «subcampo televisivo», paradigmáticamente sometido a la ley del audímetro y al mercantilismo consiguiente— sobre otros *campos culturales* como son el jurídico, el literario, el artístico o el científico. La consecuencia de esa influencia, nociva sin duda según Bourdieu, radica en una pérdida de la *autonomía* de valores que caracteriza dichos campos culturales. De esa manera, se produce una banalización de los parámetros propios del campo científico en la medida en que muchos de sus representantes, en busca de visibilidad mediática, se someten a unas normas *heterónomas*, dependientes del mero juego de mercado, que minan los principios específicos que deben regir la organización de la producción científica, los criterios de calidad y de progreso mantenidos por las comunidades de estudiosos y que son el fundamento de su legitimidad. Se trata, pues, de una especie de renuncia, por parte de ciertos especialistas disciplinares (seguramente no los de más excelencia), que sucumben así al halago de las cámaras y al dorado repiqueteo de las monedas. Como asimismo apunta Bourdieu, en ocasiones la defección de estos «colaboracionistas» responde también a un mecanismo compensatorio que pretende ocultar la escasez de peso específico en el interior del campo científico: la falta de una obra suficientemente sólida y valorada a los ojos de la correspondiente comunidad intelectual.

De hecho, estos fenómenos son el resultado de una espectacularización de la figura del experto que se deriva de la espectacularidad generalizada del periodismo contemporáneo y, más en concreto, del que es su buque insignia, el discurso televisivo. La función de este experto teatralizado por la escenografía mediática, domesticado, resulta especialmente visible cuando se produce su participación en el contexto del *talk show*, donde se efectúa una especie de celebración mágica que crea la ilusión de la igualación democratizadora de los ciudadanos y de sus respectivos capitales de conocimiento. Charaudeau y Ghiglione (1997: 170) se refieren a ese mecanismo igualador, que los autores consideran un simulacro falaz de democracia directa: «Le *talk show* permet cet

exercice, lui qui autorise toutes les paroles: celles de l'expert et celle du citoyen ordinaire». La palabra científica resultaría, así, secuestrada, desvirtuada por la ceremonia de la espectacularización.

Volviendo a Bourdieu y a sus reflexiones sobre los científicos deslumbrados por la televisión, puede pensarse que el sociólogo cae en una cierta idealización de lo que él considera el funcionamiento «normal» de un campo científico. La historia, al menos, nos ofrece demasiadas muestras de condicionamientos de las comunidades científicas, debidos a criterios heterónomos derivados tanto de los poderes políticos como de los económicos, como para considerar que dichas muestras no son más que anomalías anecdóticas. Y eso por no hablar ahora de las ocasiones en que las tensiones internas de los campos culturales pueden desembocar en mandarinatos clientelistas o en otros tipos de situaciones que interfieren en el establecimiento de valores que propendan al progreso indefinido del conocimiento. En este sentido, filósofos de la ciencia como Kuhn han mostrado que los paradigmas científicos resisten a veces tercamente a las falsaciones hasta el momento en que se den las condiciones sociológicas propicias para una *revolución* que abra paso al nuevo paradigma.

Pero no insistiremos ahora en esos matices críticos. Sea como fuere, Bourdieu, en la obra citada, no deja de situar el espacio de la difusión del conocimiento como una legitimación necesaria del campo científico. Así lo hace, por ejemplo, cuando distingue entre el «esoterismo» consustancial a los saberes de especialización, a la investigación de punta, y, por el otro lado, un «elitismo» que despreciaría o descuidaría las actividades de divulgación. Su planteamiento consiste precisamente en elevar el listón del rigor, de las exigencias epistemológicas y metodológicas que filtren el acceso de los aspirantes a ingresar en una comunidad de especialistas, con la finalidad de garantizar su calidad intrínseca. Es lo que él denomina el «derecho de entrada», que ha de complementarse con un «deber de salida» que obliga éticamente a la comunidad científica a propiciar unas condiciones de difusión óptimas, para lo cual sería imperativo ejercer algún tipo de control sobre los medios de comunicación correspondientes. Sin esta dimensión divulgadora —que se desplaza desde el *esoterismo* de la ciencia hacia lo que podemos llamar el *exoterismo* periodístico— no se podría hablar de un control democrático de la ciencia ni de una redistribución democrática del caudal acumulado gracias al funcionamiento autónomo del campo científico. Por lo que respecta al lenguaje, de todo lo anterior se desprende un corolario obvio: el proceso de difusión pasa por el ejercicio de un cierto control de los medios que neutralice intereses desvirtuadores, pero precisa también de un control del discurso que permita la reformulación verbal de los saberes en contextos muy diferentes a los de la producción científica.

Conocimiento y lenguaje

En cualquier caso, las relaciones de la ciencia con el lenguaje son más íntimas y complejas de lo que a veces se supone: sobre todo cuando, a partir de los

principios del neopositivismo lógico, se presenta el discurso científico como la vehiculación aséptica del conocimiento de los especialistas, como un sistema de descripción objetiva del mundo mediante un lenguaje dotado de las cualidades de univocidad, explicitud y consecuencia lógica. Pero no faltan hoy los autores que denuncian esta visión reduccionista e impersonalizadora que se circunscribe a una visión estática y magnificada de la ciencia, tal como nos la transmiten los manuales de enseñanza, e ignora la existencia del conjunto de discursos reales que circulan a diario en el interior de las comunidades de especialistas. Paolo Fabbri (2001: 287), por ejemplo, propone un análisis retórico de la ciencia que sustituya a un análisis especulativo de la praxis científica como actividad vuelta principalmente hacia la naturaleza y, en su lugar, aborde la dimensión de esta praxis como actividad realizada hacia los otros, en una situación interactiva: «En la medida en que descubre una situación agonística cuando esperaba la deducción, y encuentra la producción cuando esperaba la representación, la idea que los filósofos se hacen de la ciencia y de su discurso teórico debe modificarse algún tanto.»

Parece difícilmente discutible que el descubrimiento científico no es sino un episodio de una tarea colectiva de progreso del conocimiento que implica una continua interacción discursiva entre los miembros de la comunidad —de una comunidad sincrónica y de las comunidades sucesivas a lo largo de un proceso histórico. Las prácticas de esta interacción verbal, tanto orales como escritas, incluyen, además de las que consideramos como manifestaciones prototípicas del «lenguaje científico» —producción de documentos expositivos o explicativos de los resultados de la investigación, dirigidos al conjunto colegiado de especialistas—, muchas otras prácticas discursivas menos formalizadas de acuerdo con los cánones estereotipados; por ejemplo: los cuadernos de notas, la correspondencia epistolar, las polémicas intragrupalas, la confección de proyectos de trabajo destinados a solicitar financiación... Pero además de todas estas prácticas discursivas de carácter más bien interno, sin las cuales no se producirían los avances esperados en el conocimiento científico, la praxis social de la ciencia comporta un gran número de actividades verbales más aparentemente periféricas, como son las (auto)biografías de científicos, los relatos de ciencia ficción, la historia circunstanciada de las disciplinas, los textos didácticos, la divulgación entre el gran público mediante conferencias, artículos o noticias periodísticas sobre descubrimientos y aplicaciones tecnológicas, la presencia de los investigadores en los medios de comunicación a través de entrevistas y reportajes, etc.

El carácter «periférico» de muchas de estas prácticas no impide calibrar su incidencia en ese vasto tinglado comunicativo sin el cual la ciencia no sería lo que es en el mundo de hoy. En tal sentido, importa valorar la función legitimadora de las autobiografías de científicos (Darwin, Russell, Einstein o Rita Levi) o la ampliación del imaginario social —y por lo tanto de los horizontes de descubrimiento y de las posiciones de aceptabilidad ética— que la ciencia ficción comporta. En este contexto, no hace falta glosar la importancia de unas tareas divulgadoras que amplían el círculo de implicación social de la ciencia,

la tecnología y cualquier otro saber especializado, que, de un modo u otro, han de rendir cuentas y solicitar aprobación y viabilidad a diversas instancias sociales. El papel de mediación ejercido por el periodismo en esta dinámica es sin duda de primer orden. Y esta *mediación mediática* no sería posible sin unas reformulaciones discursivas que deben modificar sustancialmente las otrora leyes constitutivas del discurso científico, tanto por lo que respecta a las terminologías especializadas como a otras particularidades del lenguaje usado, pero sin renunciar del todo a unos indicios de «expresión científica» que se benefician del prestigio de unos conocimientos venerados no pocas veces por su esoterismo. Dicho en otras palabras: la divulgación periodística de los conocimientos científicos responde a una curiosidad general de nuestra sociedad ante las derivaciones tecnológicas, económicas, éticas o ecológicas de la ciencia, y al mismo tiempo constituye el gran espejo donde la investigación científica y los intereses que la fomentan construyen su imagen social, acompañada de un tipo de aura que es heredera de la magia ancestral de los pueblos.

Saber y comunicar, por lo tanto, no son dos conceptos independientes, ya que la ciencia, o cualquier otra clase de conocimiento especializado, no es pensable sin el conjunto de actividades discursivas que la constituyen, la difunden y la legitiman socialmente. Dentro de este marco de gestión social de los conocimientos es donde operan unas estrategias de difusión que tienen como propósito reformular y recontextualizar los discursos especializados en sucesivos círculos concéntricos de amplitud creciente, que corresponden a expectativas de recepción social de mayor alcance. Guiomar E. Ciapuscio (2000: 41) lo explicita así: «Desde el punto de vista lingüístico, estudiar la divulgación de la ciencia constituye una tarea compleja e interesante: implica investigar los modos y estrategias que se emplean para comunicar sucesos de la vida científica al conjunto de la sociedad, esto es, desentrañar el proceso de la recontextualización de un saber producido en un círculo social restringido, con propósitos e intereses particulares, en una esfera discursiva esencialmente diferente.»

Tal operación de *recontextualización* es necesaria en la medida en que se produce una sustitución de comunidades discursivas: en lugar de la comunidad de pares altamente organizada por los criterios de una especialización de conocimientos y de profesión, nos encontramos con una difusión de carácter asimétrico, donde unas comunidades abiertas son básicamente receptoras de lo que los medios les sirven y no aspiran a una competencia activa en el uso de los términos, sino tan solo a un grado suficiente de comprensión para sus propósitos cognoscitivos.

Desde los planteamientos de Maingueneau (1999), los géneros divulgativos serían unos géneros *secundarios* respecto a otros géneros jerárquicamente más altos, que son los que fundamentan el conocimiento: la diferencia se puede observar en la escenografía, en el *ethos* que presenta el enunciador y en los cambios que el código lingüístico ha de experimentar. Detrás de todo ello, sin duda, se halla la realidad *mediológica*, que no es un mero soporte sino un conjunto de nuevas formas de inscripción del discurso en la sociedad del libro desechable, de la prensa, de la televisión, de Internet. Por otra parte, esta rea-

lidad mediológica actual, que no propicia generalmente la mirada crítica servida a domicilio, no es un vehículo automático o inerte de difusión social de los conocimientos, sino que suele tomar la iniciativa de solicitar la contribución de los especialistas —o de los contertulios investidos de alguna autoridad epistemológica— desde la óptica de sus propios intereses. Ante la noticia de una catástrofe natural, por ejemplo. O ante un acto de terrorismo globalizador, como el del 11 de septiembre de 2001, cuando la demanda urgente de expertos dispuestos a dar explicaciones satisfactorias casi *in situ* —sobre arquitectura o sobre tecnología aeronáutica o armamentística— produjo algunos de los espectáculos más lamentables del periodismo televisivo contemporáneo.

Cassany, López y Martí (2000) presentan una caracterización muy útil de las transformaciones experimentadas por el discurso divulgativo, que conforman un proceso de recontextualización. Básicamente, se trata de una *reelaboración* de la red conceptual, una *textualización* que afecta a la organización estructural y genérica de los discursos, y unos cambios en la *denominación* de los conceptos. Así, en la primera categoría comprendería tanto un proceso de reducción o simplificación de la densidad conceptual como una inclusión de referencias vinculadas a los marcos culturales de carácter general, a los intereses, las expectativas y las preconcepciones del público no especializado. La segunda correspondería al uso de parámetros globales y recursos retóricos de configuración textual que se toman en parte del discurso científico y en parte de géneros y estrategias poco frecuentes en el estereotipo de dicho tipo de discurso, como el relato, el autobiografismo o la modalización apreciativa. Finalmente, la denominación se relaciona, como es obvio, con las diferencias y las interacciones entre terminología y léxico de carácter general. El esquema de este programa de análisis parece altamente productivo. Y más aún si se combina con la noción heurística de *didacticidad*, que articula los trabajos recientes del CEDISCOR y que se interpreta como «les manifestations d'une intention réelle, simulée, voire inconsciente, d'apporter à l'autre des savoirs nouveaux» (Beacco y Moirand, 1995: 33).

Didacticidad y discurso periodístico

El concepto de didacticidad, tal como lo presentan los autores citados, es una noción transversal y graduada que conjuga dimensiones cognitivas e interaccionales que se proyectan sobre la materialidad de los textos. Se trata, al fin y al cabo, de un mecanismo sociorretórico mediante el cual las comunidades discursivas de especialistas negocian sus relaciones con comunidades abiertas de público ajeno al círculo. Al mismo tiempo, los enunciadores individuales que adoptan una voz didáctica se posicionan, como representantes o mediadores de la comunidad especializada, en un lugar discursivo desde donde no se limitan a «hacer saber» algo a sus interlocutores (a menudo lectores o espectadores masivos, imposibilitados de ocupar la posición de emisores de los medios), sino que pretenden «hacer aprender» aquello que se explica, y que ha de ser integrado en un horizonte sistemático de conocimientos previos. La

diferencia entre este «hacer aprender» y aquel «hacer saber» es la cifra y expresión de la distancia —siempre graduada— entre el polo didáctico y el polo informativo. En este contexto, el periodismo funciona como mediación indispensable, bien sea por la formación de unos cuadros de periodistas científicos o técnicos, bien sea por la solicitación a los expertos, a veces entrevistados por un profesional del medio que finge desconocimiento para forzar al especialista a hacerse entender con generosidad. Los ritos más o menos institucionalizados y la necesaria apropiación por parte de los destinatarios, son complementos de este vasto tinglado de la gestión social de los conocimientos que tiene lugar con la contribución imprescindible de los discursos mediáticos, que además toman a su cargo en buena medida la tarea de suscitar el interés del público.

En el seno del mecanismo negociador que permite la asimilación didáctica de conocimientos, adquiere un papel central la dialéctica entre las «ideas recibidas», asumidas previamente, y la información innovadora que ha de hacerse sitio en el conjunto articulado de los estereotipos generalizados como representaciones sociales del imaginario colectivo, bien diferentes de los que operan en los discursos de especialidad (Amossy y Herschberg Pierrot, 1997). La inserción de los conocimientos nuevos en los antiguos, por decirlo así, presupone una adaptación dinámica, una estrategia que seleccione y potencie expectativas, que active una serie de tópicos acompañantes atractivos en el discurso divulgativo. Porque no se trata de un mero proceso cognitivo, sino de un procedimiento sociorretórico de simbolización social que implica percepciones y actitudes de orden diverso. Y que implica también complejos mecanismos de una *memoria interdiscursiva mediática* que opera continuamente cuando la prensa se ocupa de temas con un trasfondo de investigación científica, como ha estudiado Sophie Moirand (1999)

María Lourdes Berruecos (2000: 108) hace la siguiente observación sobre la inserción de retazos de discurso de experto en el tejido divulgativo: «Al poner en circulación esos fragmentos de discurso científico, se edifica —mediante diversos procedimientos semiodiscursivos— la representación social de la ciencia. El léxico científico entra, de esa manera, en otro circuito de “uso” y ofrece al público lego la ilusión de acceder a un campo lingüístico que no le es propio.» Para un teórico de la cognición como Francisco J. Varela (1990: 110), desde su opción por lo que denominó el enfoque «enactivo» (neologismo que el autor relacionaba con ‘poner en acto’ o ‘hacer emerger’), se puede afirmar que «la inteligencia ha dejado de ser la capacidad de resolver un problema para ser la capacidad de *ingresar* en un mundo compartido». Desde esa perspectiva, según Varela, la red de actos lingüísticos del discurso social —entre los cuales se hallan los del discurso divulgativo— no constituye una simple herramienta de comunicación, ni mucho menos de mera transmisión de información, sino una auténtica trama de identidad colectiva.

Así pues, la didacticidad periodística habrá de jugar, como instrumento de socialización, entre la vulgarización que se adapta a las competencias y los intereses del público y, del otro lado, la creación de una ilusión de inteligibilidad

del discurso sagrado del experto. Cuando los colectivos de jueces del País Vasco publican en los medios un manifiesto (en enero de 2002) donde denuncian que no pueden ejercer la justicia «desde la profunda oscuridad de una burka», renuncian a un discurso más próximo a la terminología jurídica, que les haría hablar de «coacciones», «hostigamiento» o «graves limitaciones en el ejercicio de la administración de justicia», y recurren a estimular el imaginario colectivo con un zarpazo metafórico que concita tópicos de la máxima actualidad y viveza. Cuando la prensa insiste en hablar de «clonación», de «caracteres transgénicos» o del «mapa del genoma humano» participa en la fabricación de una ilusión colectiva de asequibilidad del discurso científico, ilusión a la que han contribuido a menudo la publicidad o la ciencia ficción, por lo menos en lo que respecta a la familiarización con la terminología correspondiente.

Este doble movimiento puede observarse no solo en el nivel léxico, sino igualmente en la introducción de esquemas textuales o genéricos. Así, por ejemplo, el relato ejemplificador, la interacción conversacional o el apunte biográfico empujarán el discurso hacia el polo vulgarizador, mientras que la aparición de definiciones formalizadas o de desarrollos demostrativos reforzará la imagen del prestigio científico.

Algo semejante podemos decir de la frecuencia de nominalizaciones que presentan como «entidades» lo que, en una semántica más propia del discurso ordinario, se entiende como cualidades o como procesos y, por tanto, se suelen expresar por medio, respectivamente, de atribuciones adjetivas o de predicaciones verbales. Así, hablar de «impermeabilidad de la capa de ozono» o de «consolidación de la tendencia inflacionaria ocasional» comporta unos usos lingüísticos más acordes con el contexto de los discursos científicos o de especialidad que con los contextos coloquiales o poéticos, un estilo nominalizado que presenta un alto grado de complejidad y opacidad a la vez que ofrece unos mecanismos utilísimos a la configuración de la escritura académica (Salvador, 2000). Como en toda opción estilística, el enunciador da a su discurso un sesgo sociocognitivo determinado, textualiza un punto de vista que, de alguna manera, es «impuesto» al destinatario: la concepción del estilo como imposición de un punto de vista al proceso de recepción constituye un planteamiento muy productivo en análisis del discurso, frente a los desarrollos tradicionales de la estilística idealista (Adam, 1997: 44). Las derivaciones ideológicas de tal mecanismo son destacadas por Van Dijk (1999: 257) como configuración de modelos de contexto e inducción de interpretaciones de dichos modelos: «Al estilo generalmente se lo puede describir como el resultado global del uso consistente de estructuras gramaticales variables en función de propiedades del contexto (o, más bien, de la interpretación del contexto tal como se lo representa en modelos de contexto). Esto significa que el estilo es, por definición, una función del control ideológico de esos modelos de contexto.» Desde esta perspectiva, los parámetros estilísticos de la didacticidad no escapan tampoco a tal virtualidad de control ideológico sutil.

Uno de los campos relacionados con la problemática de la didacticidad y el estilo donde se está operando una profunda reconcepción de los planteamientos

clásicos es sin duda la terminología, que hoy se reclama por parte de algunos estudiosos como un área de gran incidencia sociocognitiva (Temmerman, 2001). Lejos de una visión de la terminología como una parcela de los lenguajes de especialidad que contribuía a la separación del discurso científico prototípico (neutro, descriptivo, sistemático, conciso, explícito, unívoco...) frente al resto de los usos discursivos sociales, actualmente se analizan una serie de funciones comunicativas de las unidades terminológicas en los distintos contextos socioculturales y en el seno de una dinámica de comunicación social que crea nuevas necesidades y parte, asimismo, de una cierta generalización de los conocimientos. Maria Teresa Cabré (1999: 141) describe así el cambio de paradigma terminológico: «De una concepción jerárquica y rígidamente segmentada del conocimiento, como es la propuesta por las clasificaciones documentales, se pasa a una concepción más abierta que asume la circularidad del saber y la circulación permanente de los términos especializados entre lenguaje común y ámbitos especializados y de éstos entre sí. Con ello se pone en cuestión la separación temática en disciplinas estabilizadas y el concepto de atribución de un ámbito a una disciplina. De esta opción se pasa a considerar que los términos se usan en un ámbito.» La didacticidad, en este sentido, es una de las zonas privilegiadas de negociación semiótica, en el marco de la circulación de los saberes, mientras que las unidades terminológicas son una de las monedas de cambio más usuales, a lo largo de un eje de transformaciones que se polariza hacia la terminologización de ciertas palabras o bien hacia la trivialización de muchos términos especializados.

Para concluir estas páginas, puede resultar interesante la presentación de un ejercicio periodístico de juego con la terminología médica, realizado por unos de los ensayistas más agudos del siglo XX, Joan Fuster, intelectual que se plantea una visión lúcida de la ciencia, no exenta de actitud crítica pero con una plena confianza en el progreso del conocimiento y de su aplicación a la mejora de las condiciones de vida en el planeta. Fuster aparca generalmente su constitutivo escepticismo, que sería poco compatible con la didacticidad, al tiempo que ensaya formas ágiles, a menudo coloquializadas y dotadas muchas veces de una «suspiciosa metódica» que deriva hacia lo que él mismo llama «higiene lexicográfica» (a la que no es ajeno el recurso a las comillas o a la cursiva), practicada con descaro subjetivador (Borja, 2002). Lo hace a menudo desde una posición enunciativa de duplicidad irónica, donde aparece en escena el propio yo del escritor como mero ejemplo de la humana condición, como proyección del lector, como representación de un sentido común que somete el discurso de la ciencia a un distanciamiento necesario, por simple eficacia periodística, aunque no contrario al progreso del conocimiento científico. El juego de Fuster con la terminología (acotada a veces por medio de definiciones o paráfrasis libres), el contraste abrupto entre registros lingüísticos y la apuesta por una racionalidad crítica expuesta con claridad conversacional, son algunas de las claves de un estilo que practica la didacticidad con parámetros ensayísticos o periodísticos, tan ajenos al didacticismo insulso como a la auto-suficiencia impertinente de los textos especializados.

Un solo botón de muestra —extraído del artículo «El colesterol es una ideología. Las perplejidades del enfermo», publicado en *La Vanguardia* el 18 de noviembre de 1978— nos ilustrará el procedimiento, para poner punto final a estas reflexiones sobre la gestión social de los conocimientos en el discurso periodístico:

No me meto en honduras, y vuelvo a mi asunto. Soy uno de los innumerables vecinos que arrastra colesterol en su sistema circulatorio, con graves riesgos, por descontado. La recomendación del facultativo fue que me sometiese a unas dietas sin grasas animales, con muchas verduritas, y cosas así. En la medida de lo posible, me he resignado a ello. Mi entusiasmo por los comestibles es bastante mediocre, pero todavía lo es más por los comestibles recetados. Y, de pronto, hojeo las páginas de *La Vanguardia*, y tropiezo con una advertencia alarmante. Un comunicado difundido en Washington por un seminario sobre dietética celebrado en Seattle, admite que la supresión del colesterol en los menús puede ser beneficiosa para el corazón, por ejemplo, pero perjudica a los huesos. Sin un mínimo de colesterol nuestro esqueleto se depaupera: no absorbe la cantidad de calcio que necesita, y se reblandece. «Osteoporosis» sería el nombre adecuado. La noticia sostiene que la mitad de las señoras norteamericanas mayores de 60 años —y no digamos los señores— sufran complicaciones óseas por el escrúpulo del colesterol. Ellas más que ellos, probablemente. Las damas, ya desencantadas de la «celulitis», que era una noción más de cosmética que de medicina, se aferran al miedo al «colesterol». ¿A costa de sus huesos?

Al escribir la presente nota, mi intención no es discutir la alternativa «colesterol-osteoporosis», respecto de la cual carezco de toda autoridad, incluso en mi condición de paciente. La verdad es que, cuando uno compra un fármaco, o lee un anuncio que lo promociona, nunca deja de advertir un apartado de «contraindicaciones», y eso le inquieta. Porque lo que es bueno para el hígado es pernicioso para el bazo: no siempre, pero a menudo. Nuestro vital y poético corazón, en los tratamientos que le cuidan, tienen repercusiones extrañas en un riñón, en una tibia o en vaya usted a saber qué glándula de secreción interna. Y viceversa: si la lesión afecta a la glándula, y le aplican un poco de química, nunca se sabe cómo responderá el corazón. O la osamenta.

Bibliografía

- ADAM, J.M. (1997). *Le style dans la langue. Une reconception de la stylistique*. Lausana: Delachaux et Niestlé.
- (ed.) (1997). *Pratiques*, 94. Monográfico sobre la prensa escrita.
- AMOSSY, R.; HERSCHBERG PIERROT, A. (1997). *Stéréotypes et cliché. Langue, discours, société*. París: Nathan.
- BEACCO, J.-Cl.; MOIRAND, S. (1995). «Autour du discours de transmission des connaissances». *Langages*, 117, p. 32-53.
- BORJA, J. (2002). *Anàlisi del discurs fusterià: teoria del coneixement i estratègies comunicatives en la prosa d'idees de Joan Fuster*. Alacant. Tesis doctoral, inédita.
- BOURDIEU, P. (1997). *Sobre la televisión*. Barcelona: Anagrama.

- CABRÉ, M.T. (1999). *La terminología: representación y comunicación. Elementos para una teoría de base comunicativa y otros artículos*. Barcelona: IULAUPF.
- CALSAMIGLIA, H. (ed.) (2000). *Decir la ciencia. Las prácticas divulgativas en el punto de mira*. Monográfico de *Discurso y sociedad*, vol. 2, núm. 2.
- CHARAUDEAU, P.; GHIGLIONE, R. (1997). *La parole confisquée. Un genre télévisuel: le talk show*. París: Dunod.
- CHILLÓN, A. (1999). *Literatura y periodismo, Una tradición de relaciones promiscuas*. Barcelona: UAB/UJI/UV.
- FABBRI, P. (2001). *Tácticas de los signos. Ensayos de semiótica*. Barcelona: Gedisa.
- FOWLER, R. (1991). *Language in the news. Discourse and ideology in the press*. Londres: Routledge.
- MAINGUENEAU, D. (1999). «Analysing self-constituting discourses». *Discourse studies*, vol. 1 (2), p. 175-199.
- (2000). *Analyser les textes de communication*. París: Nathan.
- MOIRAND, S. (1999). «Les indices dialogiques de contextualisation dans la presse ordinaire». *Cahiers de praxématique*, 33, p. 145-184.
- MONTESINOS, A. (2002). *El discurs de la informàtica*. Barcelona: PAM/IIFV.
- SAAVEDRA VERGARA, G. (2000). «La “narrativización” del discurso y el “efecto omnisciente” en no ficción periodística». *Caplletra*, 29, p. 157-172.
- SALVADOR, V. (2000). «L'estil nominalitzat». *Caplletra*, 29, p. 69-82.
- TEMMERMAN, R. (2001). «Sociocognitive terminology theory». En CABRÉ, M.T.; FELIU, J. (eds.). *Terminología y cognición*. Barcelona: IULAUPF, p. 75-92.
- TERUEL, E. (1997). *Retòrica, informació i metàfora*. Barcelona: UAB/UJI/UV.
- VAN DIJK, T.A. (1987). *News as discourse*. Hillsdale: LEA.
- (1999). *Ideología. Una aproximación multidisciplinaria*. Barcelona: Gedisa.
- VARELA, F.J. (1990). *Conocer. Las ciencias cognitivas: tendencias y perspectivas. Cartografía de las ideas actuales*. Barcelona: Gedisa.

Vicent Salvador, poeta, ensayista y catedrático de la Universitat Jaume I de Castelló, es autor de un nutrido abanico de artículos y libros sobre aspectos relevantes de la reflexión lingüística y literaria contemporánea, entre los que cabe destacar *El gest poètic* (1984) o *Fuster o l'estratègia del centaure* (1994).
